

En esos periódicos son dignos de notarse trabajos sobre multitud de materias, que dan aventajada idea de la capacidad é instrucción de sus autoras, quienes tratan con bastante acierto cuestiones históricas, literarias y científicas, sin olvidar los fines morales á que están llamadas por su sexo y por su educación.

Entre los objetos que la Junta de Señoras, presidida por la Señora Doña Carmen Romero Rubio de Díaz, ha remitido á la Exposición de Chicago, objetos que dan alta idea de la instrucción artística de las mexicanas, se encuentra una Antología de poetas, en que figuran noventa y cinco autoras. Interesante por demás es esa colección, no sólo por su número, sino por su contenido, y porque siendo manifestación espontánea de los sentimientos bajo los cuales brotaron esas composiciones, ofrecen sin duda un objeto digno de estudio, pues nos revelan en su fondo los rasgos distintivos del carácter de la mujer mexicana, y merecen por lo mismo que exponga brevemente las reflexiones que su lectura sugiere.

Llama desde luego la atención que en el siglo xvi, es decir, cuando apenas se habían echado las bases de la colonia, existiesen ya mujeres que cultivasen la bella literatura; pero la sorpresa disminuye al recordar la cultura precoz de la Nueva España. México fué la primera ciudad de América que tuvo imprenta; que poseyó una Universidad servida por distinguidísimos profesores venidos de España, y que vió levantarse en su seno con rapidez asombrosa multitud de monasterios de ambos sexos, que en aquella época eran otros tantos focos de ciencia, no sólo por la enseñanza que en ellos se distribuía, sino por las grandes bibliotecas que formaron y que contenían las obras más importantes sobre todos los conocimientos humanos. Notable es el ardor con que se emprendieron en aquel siglo toda clase de estudios. La historia, la lingüística, las ciencias naturales, se enriquecieron con numerosas y monumentales obras, que son objeto de constante consulta: á lo que hay que agregar el extraordinario desarrollo que alcanzó el cultivo de las bellas letras, y especialmente el de la poesía.

Ese cultivo, como era natural, fué en progresión creciente durante los tres siglos de la dominación española; y en efecto, durante ellos vemos aparecer una serie de poetisas que se dieron á conocer en los certámenes poéticos celebrados con motivo de algún suceso extraordinario, lo cual, si ofrece materia importante para la historia de las letras en México, no nos permite, con excepción de Sor Juana Inés, penetrar en el carácter íntimo de sus autoras, por tratarse de composiciones de circunstancias y de naturaleza enteramente objetiva. Sin embargo, descúbrese en ellas un fondo de religiosidad tan sólido, una dignidad moral tan pura, que fijan con toda claridad los rasgos distintivos del sexo femenino en México.

Después de la Independencia, la esfera intelectual se ensancha considerablemente: la difusión de la enseñanza, la libertad de imprenta, la multiplicidad de publicaciones periódicas, fueron otros tantos elementos que despertaron la actividad de las poetisas mexicanas, que en gran parte nos son dadas á conocer en la referida compilación. Las

luchas civiles que sobrevinieron, no hacían más que traducir en hechos el desencadenamiento de las ideas, que impelían á los espíritus en diversas direcciones, oscilando entre las tradicionales creencias del pasado y los bellos ideales de un porvenir iluminado por las prestigiosas ilusiones de esperanzas infinitas.

La imaginación, la sensibilidad, la ternura exquisita de las poetisas mexicanas, encontraron pábulo inagotable en aquella atmósfera candente de ideas y de pasiones, inflamadas al contacto del curso vertiginoso de sucesos que semejaban un completo desquiciamiento social: pero el fragor de las tormentas revolucionarias, al vibrar en las cuerdas de su lira, se impregna de una suavidad, de una dulzura melancólica, en que se derrama toda el alma de la mujer. Ella canta á la Patria, se duele con sus infortunios y se exalta con sus glorias, pero sin que transpire el odio ó la venganza; abre su corazón á las poéticas inspiraciones de sus creencias piadosas, sin que un acento de maldición se mezcle en sus misteriosas con-

fidencias con el infinito; siente con intensísima vehemencia la llama del amor; pero en el arrobamiento, en el éxtasis delicioso que envuelve su alma, ninguna imagen impura viene á manchar el candor de sus alas; y cuando el desengaño hiere sus ilusiones juveniles; cuando la mano brutal de un sér que no la comprende, aja las flores primaverales de su vida, se inclina resignada, y dirige sus ojos bañados en lágrimas, á esa región suprasensible de eterna justicia donde son bienaventurados los que lloran. El calor del hogar tiene para ella encantos inefables: allí brotan y se desarrollan los afectos más puros y profundos, el amor filial, el amor conyugal, el amor maternal, que fortifican su alma, infundiéndole abnegación heroica para soportar los reveses de la fortuna y las miserias de la vida.

Tales son en general los sentimientos que germinan y palpitan en esas composiciones, en que á lo sano del sentimiento se une la modestia y la sencillez de la expresión. Ahora bien, si la poesía es la traducción más fiel y genuina, no sólo del alma de donde brota,

sino de la sociedad en que se produce, puede decirse que la poetisa mexicana no hace más que embellecer inconscientemente con la palabra, las ideas y los sentimientos de su sexo; porque la escritora mexicana es ante todo mujer, y la mujer en México es sin metáfora el ángel del hogar; de ese santuario en que han tenido poco acceso las teorías disolventes de la familia, y que forma la piedra angular y solidísima del edificio social.

Las mexicanas han representado papel bien restringido en la vida pública, debido seguramente á los hábitos de recogimiento heredados de los pueblos precolombianos, y bajo forma diversa transmitidos por la colonia. Algunas veces, no obstante, ha hecho oír su voz en són de súplica ó protesta, cuando ha creído lastimadas sus ideas religiosas, ó amenazados ciertos intereses morales que se ligan estrechamente con la estabilidad de la familia. En las grandes contiendas que dividieron á la nación con motivo de la Reforma, gran parte de las mexicanas favorecía con su adhesión la causa conservadora, por lo que se relacionaba con la cuestión

eclesiástica: esto se explica teniendo en cuenta la ausencia casi completa de instrucción en materias políticas; la natural tendencia del corazón femenino á la piedad, y el imperio de la imaginación, que se alimenta con los recuerdos de la infancia y repugna toda innovación que desvanezca ó amengüe su prestigio. Sin embargo, en todo eso, la sensibilidad ejerció una influencia decisiva; los afectos individuales tomaron el lugar de convicciones, lo cual produjo una especie de cisma en el bello sexo, que por fortuna duró poco; debiendo advertir que aun en los períodos de mayor efervescencia, la mujer no olvidó los sentimientos de caridad y de ternura que forman el fondo de su carácter.

Aquí es oportuno recordar dos figuras notables que aparecen en las dos épocas más importantes de nuestra historia, la conquista y la independéncia: me refiero á Doña Marina y á Doña Josefa Ortiz. Las circunstancias que rodearon á la primera; sus antecedentes, sus relaciones con el conquistador, el participio que tuvo en el triunfo de

las armas españolas, la revisten de cierto carácter legendario y novelesco con que ha pasado á la imaginación del pueblo. Difícil es definir la fisonomía moral de esa mujer extraordinaria, en quien parece haber dominado la pasión y algo de asombro supersticioso hacia Cortés; la verdad es que ni los historiadores indígenas, ni la tradición popular, hacen pesar sobre ella el cargo terrible de haber servido de instrumento á los subyugadores de su país y de su raza; mientras que por el contrario, los cronistas españoles consideran su auxilio como un milagro de la Providencia para abrir el camino á la predicación del Cristianismo. Por lo que respecta á Doña Josefa Ortiz, no podría darse gloria más pura, más exenta de toda mancha. En ella se ve el amor patrio sin mezcla de ningún sentimiento bastardo: poseída de la grandiosa idea que ocupaba á los libertadores, y temblando ante la posibilidad de que se frustrase la revolución ya preparada, precipita el momento decisivo, pudiendo decirse que su voz es el espíritu que mueve el brazo de Hidalgo, la chispa que pro-

paga la hoguera, de cuyo seno se alzaría radiante y magnífica la soberanía nacional.

No es esto todo: la dulzura genial del bello sexo mexicano; la atmósfera de romántico retraimiento en que su vida se desarrolla, no han impedido que el sentimiento patrio tome en su corazón proporciones heroicas, que la encumbran á esa esfera en que los antiguos colocaban á los semidioses. Entre los varios ejemplos que sobre este particular podrían citarse, escojo dos, dignos por sí solos de atraer sobre sí la admiración y el entusiasmo de la humanidad entera. Era la época en que México sentía cernerse sobre su cabeza la tempestad más terrible y siniestra que le ha amenazado en su existencia social y política. Abusando de su debilidad, las huestes de Napoleón III, bajo pretextos injustificados y mediante manejos que la historia ha condenado severamente, habían invadido el país, en la creencia de poder disponer á su antojo de los destinos de un pueblo, á quien juzgaban incapaz de oponer resistencia, los que en su propia opinión eran tenidos por los prime-

ros soldados del mundo. En aquellos momentos de incertidumbre y de estupor, en que no faltó, sin embargo, la resolución de luchar hasta el último extremo con el audaz enemigo, Ignacia Riech toma las armas y se incorpora en las filas de los defensores de la Patria, resuelta á compartir su azarosa existencia. Hija de una familia distinguida de Guadalajara, había llegado ya á la edad madura, haciéndose notar por la austeridad de sus costumbres y por su ánimo varonil, muy superior á la timidez de su sexo. Al lado del general Arteaga, fusilado más tarde en Uruapan por las tropas imperialistas, siguió la azarosa campaña emprendida por el cuerpo de ejército que mandaba aquel jefe, y en las muchas acciones que tuvo que sostener con el enemigo, se vió siempre á Ignacia Riech en las primeras filas, batiéndose como el más valiente soldado, yendo después del combate, como humilde hermana de la caridad, á curar á sus compañeros heridos. Con la resignación del valor desgraciado, vió destruídas las fuerzas de que formaba parte, y se retiró con un

grupo de oficiales dispersos á un pueblo de Michoacán: allí, uno de ellos, sin comprender seguramente la patriótica abnegación de aquella mujer insigne, se permitió hacerla objeto de impertinentes alusiones, y ella, que había afrontado impasible las balas enemigas, se sintió sin fuerzas para resistir la humillación que iba á herirla de entre sus mismos hermanos, y en el colmo del desaliento puso fin á su vida, creyéndose abandonada de todo apoyo y de toda esperanza.

En la misma época, otra mujer, Agustina Ramírez, hija también de Jalisco, acompañaba al ejército de Occidente, que expedicionaba en Sinaloa al mando del general Corona, en cuyas filas figuraban como soldados el marido y trece hijos de dicha mujer. Reñidísima y llena de episodios sangrientos fué aquella campaña: Agustina Ramírez, sin embargo, no desamparó su puesto un solo momento: después de cada combate, recorría el campo de batalla en busca de las prendas de su corazón, y con una alma verdaderamente espartana, con una entereza sin ejemplo, vió morir uno tras otro

á su marido y doce de sus hijos, retirándose al fin de la campaña con el único que le quedaba, á su desierto y miserable albergue, sin valorar tal vez en su heroica humildad, lo inmenso del sacrificio que había hecho en aras de la Patria. . . .

Pero es preciso concluir, resumiendo en pocas palabras el rápido bosquejo que precede. En la mujer mexicana actual se han fundido, por decirlo así, las tradiciones azteca y española, esto es, los principios morales, que emanando de diversas fuentes, se han identificado en su práctica y trascendencia. Las ideas antiguas, rodeadas de un aparato de sangriento rigor, tuvieron que suavizarse al contacto del espíritu cristiano y de los poéticos ideales de la Edad Media, llevados hasta la exageración por la cabaleresca nación española. Al *Calmeac* y al *Telpuchcalli*, sucedieron el Colegio y el Convento; los cantos y danzas en honor de *Moyucoca*, *Tezcatlipuca* y *Yaotli*, fueron sustituidos con las místicas plegarias á Jesús y á la Virgen María; la transformación fué profunda, pero fácil, porque se efectuaba sobre

un fondo común de sentimientos verdaderos y sanos, fuertemente garantidos por la creencia y la ley. La estabilidad de la unión conyugal comunica poderosa solidez á la familia; la mujer se considera como la compañera inseparable del hombre, sin pretender usurpar el lugar que la naturaleza ha asignado á este último, y sigue su suerte próspera ó adversa, ejecutando sin murmurar el papel que le corresponde como esposa y como madre. En ella el sentimiento del deber es superior á la idea del derecho, y de allí la inclinación á perdonar, que casi siempre sofoca todo deseo de venganza por el agravio recibido; la resignación para consumir los más dolorosos sacrificios, y la caridad inagotable para aliviar en cuanto puede los sufrimientos de sus hermanos. La educación que ha recibido, mediante la cual se han manifestado las altas dotes intelectuales que posee, al ensanchar el círculo de sus conocimientos, ha dejado intacto su carácter moral; y al través de la literata, de la artista, de la poetisa, se encuentra siempre á la mexicana; es decir, á la hija, á la espo-

sa, á la madre, que con sus gracias y su ternura embellece y vivifica el hogar, manteniendo en cierto nivel la moralidad pública y privada, que constituye la base fundamental de la dicha y prosperidad de los pueblos.

ARTS Split Pro